

# UN FANTASMA MODOSITO

ALONSO ZAMORA VICENTE

«¿N o viste ayer la tele, Ursulita...? ¡Lo que te perdiste! ¡Hay apariciones del otro mundo por todas partes! ¡A barullo, mi hijita, a barullo...! ¡El mundo se acaba, a ver si no!» «¡Se acabará el otro mundo, y por eso vienen aquí, a pasear por nuestras tierras...! ¡Como emigrantes de esos que traen los periódicos...! ¡Ay, Damiana, que te caes de la higuera...! ¡Apariciones a mí...!» «¡No digas, Úrsula, no digas...! ¡Impone! Vamos que si impone. ¡Suponte que vas tan descuidada por el pasillo de tu casa y, de pronto, ahí, parado delante de ti, un espíritu de tamaño natural...! ¡Se me pone la piel de carne de gallina! ¡Eso debería estar castigado con muchos años de cárcel, eso es...! ¡Sobre todo si se plantifica a medio vestir, o, vete a ver tú, a lo mejor en cueros vivos, en pelota del todo...!» «¡Calla, no disparates! ¡Cómo van a meter en chirona a tipos que se filtran por las paredes y que pueden estar en todas partes a la vez...? ¡Estás tú buena! ¡Y que no disfrutan de zorrerías ni nada que digamos...! Zorrerías y gramática parda, que no es moco de pavo. En primer lugar, que hay aparecidos y aparecidos. Figúrate tú, yo misma, aquí, donde me ves tan pancha, pues que ya va para un mes que viene a verme Agapito, y... Bueno, ¿y qué? Pues aquí estoy, erre que erre, y, bien lo sabe Dios, me importa un pito que vuelva, si es que se empecina en seguir remaneciendo...» «Pero, ¿qué dices...? ¡Agapito, tu...?» «El mismito sí, mujer, mi Agapito Vinagre Seisdodos, mi difunto marido, liquidado de pulmonía doble en pleno agosto, a los treinta y dos años, ya ves, ni siquiera tuvo la decencia de esperar a los treinta y tres, como Nuestro Señor de la Expiración, y eso que era mayordomo de la cofradía... ¡Un desconsiderado, Damiana, de siempre un desconsiderado! ¿Y sabes por qué esa fea precipitación por diñarla...? Pues por moler,

«¿N on viches onte a tele, Ursuliña...? ¡O que perdistes! ¡Hai estadeas por todas partes! ¡A esgalla, miña filliña, a esgalla...! ¡O mundo acábase, xa me dirás!» «¡Acabarase o outro mundo, e por iso veñen aquí, a pasear polas nosas terras...! ¡Como emigrantes deses que traen os xornais...! ¡Aí, Damiana, cáches da burra! ¡Aparicións a min...!» «Non me digas, Úrsula, non me digas...! ¡Impón! Vaia se impón. ¡Supón que vas descoñecida polo corredor da túa casa e, de súpeto, aí, parado diante túa, un espírito de tamaño natural...! ¡Pónseme a pel de pita! ¡Iso debería estar castigado con moitos anos de cadea, iso é...! ¡Sobre todo se se planta medio espido, ou, vai ti saber, se cadra en coiro, en porrancho...!» «¡Cala, non digas parvadas! ¡Como van meter no caldeiro tipos que se filtran polas paredes e que poden estar en todas partes á vez...? ¡Estás ti boa! ¡E que non teñen mañas nin nada...! Mañas e solerma raposenta, que non che é palla nin herba seca. En primeiro lugar, que hai aparecidos e aparecidos. Figúrate ti, eu mesma, aquí onde me ves tan pancha, pois xa vai para un mes que me vén ver Agapito, e... Vale, ¿e que? Pois aquí estou, dálle que dálle, e, ben o sabe Deus, impórtame un farrapo de gaita que volva, se é que teima en seguir remanecendo...» «Pero, ¿que dis...? ¡Agapito, o teu...?» «O mesmiño, si, muller, o meu Agapito Vinagre Seisdodos, o meu defunto home, liquidado de pulmonía dobre en pleno agosto, ós trinta e dous anos, xa ves, nin sequer tivo a decencia de agardar ós trinta e tres, coma o Noso Señor da Expiración, e iso que era mordomo da confraría... ¡Un desconsiderado, Damiana, de sempre un desconsiderado! ¡E sabes por que esa fea precipitación por espichar...? Pois por amolar, ala, por xiringar, xa está.

ea, por jorobar, ya está. ¡Como él tiene todo resuelto ya...! Y que no trae ganas de hablar, cómo te lo diré... Algún día le van a oír los vecinos y no veas la que se va a armar. ¡No quiero ni pensarlo...! «¡Úrsula, cómo te atreves a hablar así como si eso fuera lo más natural del mundo...! ¡Yo me encierro en mi casa y ahí te quedas, mundo amargo...! ¡Quita, quita, por Dios...! «¡Serás capaz de recibirle y todo, y hasta de ofrecerle una copichuela de anís con bizcochos, como a las visitas empingorotadas...! ¡Eres muy capaz de devolverle al otro barrio trompeto perdido! ¡Tú has sido siempre una irresponsable...! Figúrate que, calamocano, se pierde en la escalera y se mete en otro piso... ¡Al mío, que ni se le ocurra, que, del primer torniscón, le desfantasmizo...! ¡Yo soy una chica decente...! ¡Hasta ahí podíamos llegar...! «¡Alto, Damiana, alto...! Agapito no es tan... Tan tantan como tú le pintas. Es un ejemplar pacífico, de buenas maneras. Se presenta poco después de la media noche y se sienta a los pies de la cama. Aparenta muy bien puesto, peinadito, afeitado, con el camisón blanco que empleaba en las fiestas, uno que le hice yo, con un canesú por aquí, que le hacía más largo el cuello, que él, de suyo, lo tenía algo congestionado, vamos, así, pestorejado... ¡Entiéndeme, igualito que las personas poco inteligentes...! «¡Jesús, Jesús, con el camisón blanco, igual que estaba cuando...! ¡Lo recuerdo como si lo estuviera viendo...! «¡Claro, Damiana, claro, como estaba el día del entierro, pachasco...! ¡Mi Agapito fue siempre una persona muy agradecida! Otra cosa no tendría, pero agradecido... ¡A dejárselo sobrado...! Acuérdate: estaba tan contento con el camisón que le hice, que, en prueba de cariño y fidelidad, pidió que se lo pusieramos en la mortaja. ¡Querría estar en el otro mundo con algo de su Ursulita del alma y del corazón...! ¡Fachendoso que era...! Pues, ahora, escucha: Agapito surge, se sienta, tan atento siempre, saluda, pregunta por cosas del pueblo, me pone los cumplidos, pregunta por la familia sin dejarse a nadie... Yo no contesto a nada, no se vaya a asustar o enfadar si oye algo que no le haga gracia... Ya tuvimos antes bastantes trifulcas... ¡Eso! Lo que me resulta algo extraño es el olor que arrastra... Una tufarada así... ¿Cómo te lo diré yo...? ¡Como si se le fuera la mano al ponerse naftalina, eso es, cómo no se me habrá ocurrido antes...! A veces, refunfuña, dice que siente frío y, entonces, estornuda algo fuerte. Me preocupa, por su salud, ¿sabes?, pero

¡Como el ten todo resolto xa...! E non che vén falanguero nin nada,... Algún día vano sentir os veciños e non vexas a que se vai armar. ¡Non quero nin pensalo...! «¡Úrsula, como te atreves a falar así, como se iso fose o máis natural do mundo...! ¡Eu péchome na miña casa e aí quedas, mundo amargo...! ¡Deixa, deixa, loado sexa Deus...! ¡Es capaz de recibilo e todo, e mesmo de ofrecerlle unha copíña de anís con biscoitos, como ás visitas empolicadas...! ¡Es quen de devolverlo ó outro mundo peneco perdido! ¡Ti fuches sempre unha irresponsable...! Figúrate que, caneco, se perde na escaleira e se mete noutro piso...! ¡Ó meu, que nin se lle ocorra, que, do primeiro mocazo, o despantasmizo...! ¡Eu son unha moza decente...! ¡Ata aí poderíamos chegar...! «¡Alto, Damiana, alto...! Agapito non é tan... Tan tantan como ti o pintas. É un exemplar pacífico de seu, de boas maneiras. Preséntase pouco despois da media noite e senta ós pés da cama. Aparenta moi ben posto, lambidiño, afeitado, co camisón branco que empregaba nas festas, un que lle fixen eu, cun canesú por aquí, que lle facía máis longo o pescozo, que el, de seu, tiña algo conxestionado, vaía, así carroludo. ¡Enténdeme, igualiño cás persoas pouco inteligentes...! «¡Xesús, Xesús, co camisón branco igual que estaba cando...! ¡Lémbroo como se o estivese vendo...! «¡Claro, Damiana, claro, como estaba o día do enterro, certamente...! ¡O meu Agapito foi sempre unha persoa moi agradecida! Outra cousa non tería, pero agradecido... ¡Non lle gañaba ninguén...! Acórdate: estaba tan contento co camisón que lle fixen, que, en proba de cariño e fidelidade, pediu que llo puxeramos na mortalla. ¡Quería estar no outro mundo con algo da súa Ursuliña da alma e do corazón...! ¡Érache dun fachendoso...! Pois, agora, escoita: Agapito xorde, senta, tan atento sempre, saúda, pregunta por cousas da vila, sóltame os cumpridos, pregunta pola familia sen deixar atrás a ninguén... Eu non contesto nada, non vaía asustarse ou enfadarse se oe algo que non lle chiste... Xa tivemos antes liortas dabondo... ¡Iso! O que me resultaba estraño é o cheiro que arrastra... Unha tufarada así... ¿Como che diría eu...? ¡Como se se lle fose a man ó poñerse naftalina, iso é, como non se me ocorrería antes...! Ás veces, funga, di que sente frío e, entón, espirra algo forte. Preocúpame, pola súa saúde, ¿sabes?, pero creo que o espirro se debe ás espigas de menta que eu poño

yo creo que el estornudo se debe a las espiguillas de menta que yo pongo encima de la cómoda para contrarrestar esa tufarada del otro mundo, porque a la vista está, es olor que viene del otro mundo. De todos modos, es para preocuparse, que, de seguro, le oirán los vecinos y, a esas horas, vete a ver qué demonios piensan... ¡Las vecindonas están a la que salta...! ¡Un estornudo macho en la alcoba de la Úrsula Pratolina, dolorida viuda formal...! ¡Y a esas horas...! ¡Casi nada! Temo las ocurrencias del vecino ese del piso de encima del mío, ese chiflado que fue catedrático, que le da por coleccionar yerbezuelas y sale, por la noche, hasta la plaza, para ver deshacerse la luna en los chorros del pilar... ¡Tú crees que con esas manías no inventaría algo atroz contra mi honorabilidad...? ¡No me extrañaría nada que este tipejo-rancio-pensionista tenga algo de culpa en las visitas de mi llorado Agapito...!» «¡Ay, hijita, claro...! Veo que piensas con gran tino, con mucha serenidad... ¡Hay que tener cuidado con las malas lenguas...! Nadie se iba a creer que era tu maridito del alma, que celebra besamanos por las noches en casa de su viuda... ¡Calla, calla! Pero, del vecino, ni hablar. Me consta que tiene un canguelo de aúpa... ¡Los muertos le sacan de quicio...! ¡A ver, como él ya está en puerta...!» «Pues así es. Una vez que ha preguntado por todos los del pueblo y que ha estornudado, que lo hace con mucho sentimiento, se ve que al estornudar se le descarga la cabeza, se pone algo machacón y no para de hablar hasta las dos, las tres de la mañana, ya te digo, siempre se va a la misma hora, se ve que por esas tierras donde ha puesto casa son muy rigurosos en asuntos de horario. A lo mejor, también allí es mala cosa llegar con el portal cerrado y tener que pasarse el día de paseante en corte, yendo y viniendo por la acera, qué fastidio, niña mía, sin que le vea nadie para ayudarle... ¡Puede atropellarle un coche, algo, no sé, me dan repeluznos de pensarlo! Pero él, a pesar de todo, tranquilito, ya te digo. Suele abrir las ventanas, para que se vaya esa pestuza a mojama rancia que le despiden los sobacos, él ha sido siempre muy aseadito, pero, a ver, ahora, Dios sepa con quién convivirá... Pero, ¿él...? Ya ves, tanto venir y una sola vez ha dejado húmedo el asiento, se echa de ver que le sigue gustando la sandía a rabiar, y eso, de cena...» «¡Anda, Dios...! ¿Se le ha olvidado dónde está el baño...? ¿Por qué no lo pidió...? Es una desconsideración, ya lo anunciabas tú hace un momento... Oye, ¿y

enriba da cómoda para contrarrestar esa tufarada do outro mundo, porque, salta ós ollos, é cheiro que vén do outro mundo. De tódolos xeitos, é para preocuparse, que, abofé, o oirán os veciños e, desas horas, vai ti saber qué demo pensan... ¡As lerchas das veciñas están coa orella posta...! ¡Un espirro macho na alcoba de Úrsula Pratolina, dorida viúva formal...! ¡E desas horas...! ¡Case nada! Temo as ocurrencias do veciño ese do piso de riba do meu, ese chalado que foi catedrático, que lle dá por coleccionar herbas e sae, á noite, ata a praza, para ver esvaeerse o luar nos chorros da pía... ¿Ti cres que con esas teimas non inventaría algo atroz contra a miña honorabilidade...? ¡Non me estrañaría nada que este tipo-rancio-pensionista teña algo de culpa nas visitas do meu chorado Agapito...!» «¡Ai, filliña claro...! Vexo que piensas con tino, con moita serenidade... ¡Hai que ter coidado coas malas linguas...! Ningúen ía crer que era o teu homiño da alma, que celebra recepcións polas noites na casa da súa viúva... ¡Cala, cala! Pero, do veciño nin falar. Cónstame que ten unha cagana de moito nabo... ¡Os mortos póneno fóra de si...! ¡Madia leva, como el xa está ás portas...!» «Pois así é. Unha vez que preguntou por tódolos da vila e que espirrou, que o fai con moito sentimento, vese que ó espirrar se lle descarga a cabeza, ponse algo pesadiño e non para de falar ata as dúas, as tres da mañá, xa che digo, sempre se vai da mesma hora, vese que por esas terras onde puxo casa son moi rigorosos en asuntos de horario. Ó mellor, tamén alí é cousa mala chegar co portal pechado e ter que pasa-lo día andando de pegureiro, indo e vindo pola beirarrúa, é unha gaita, miña nena, sen que o vexa ninguén para axudarlle... ¡Pode atropelalo un coche, algo, non sei, danme arrepiños de pensalo! Pero el, malia todo, tranquilíño, xa che digo. Adoita abri-las ventás, para que se vaia ese cheiro a facotexo rancio que lle despiden os sobrazos, el foi sempre moi aseadiño, pero, a ver, agora, Deus sabe con quen convivirá... Pero, ¿el...? Xa ves, tanto ir e unha soa vez deixou húmido o asiento, nótase que lle segue gustando polos vivires a sandía, e iso, de cea...» «¡Anda, Deus...! ¡Esquenceulle onde está o baño...? ¿Por que non o pediu...? É unha desconsideración, xa o anunciabas ti hai un pouco... Oes, ¿e de que che fala...?» «Pois verás. Comeza sempre igualiño: Escóitame Úrsula, hai que irlle dando xeito ás cousas... ¿Acórdaste dos estripeiros da Encru-

de qué te habla...?» «Pues verás. Comienza siempre igualito: Escúchame Úrsula, hay que recordar algunos descosidos... ¿Te acuerdas de los majuelos de la Encrucijada...? Habría que soltarlos. Finge una venta, un cambalache, lo que te venga bien, pero debes devolvérselos a Segurica, la tonta del bote aquella, tu sobrinica segunda, la que se comía la cal de las paredes. Y los bancales del azafrán, los del camino de la Fuensanta, sería oportuno que fueras pensando en hacer algo parecido, le correspondían a Donato, *el de la gallinera*, había testamento y todo, pero, a ver, te pusiste tan borrica, Úrsula... Es que tú, mujer, eres de pelo en pecho. No te será difícil, que don Narciso, el notario, te lo arreglará en un decir Jesús... Y no te olvides de los turnos del agua en las Llaveiras, hay por los menos tres que son de los primos del Puente Viejo, eso ya desde el abuelo, que también era un buen punto filipino. Arréglalo, Úrsula, amor mío, que, cuando tú te pones, es que te pones, vaya que sí, y, a ver, calladita que decía tu madre que eras, sí, sí, cómo enredas a todo cristo, Úrsula, tienes que solucionar eso bien, que, luego, los que vengan detrás andarán a mamporros. ¡Es prudente no escupir tanto por el colmillo...! Allí, en mi nuevo destino, vienen a reclamarme a cada paso por estas puñeterías y, siempre, siempre, ya sabes lo ceporra que es tu parentela, acaban a mordiscos, garrotazos, zancadillas. Y como en estas tierras no hay policía, ni sereno, ni nada. ¡Les tengo miedo...! Bueno, esta habitación donde duermes, por eso me gusta verte aquí... No acabé de pagar la pintura, ni la solería, ni los marcos de las puertas y ventanas, ni las baldas del armario. Todo lo hizo Ginesillo *el Manitas*, y le anticipé veinte duros de entrada, pero hay que estar en todo, mira tú sí, por un casual, no tendrá que devolvernos algo, vale la pena que lo estudies y le llames a capítulo, que... Oye, oye, este vecino tuyo de encimica, ¿se acostará alguna vez...? ¿Qué tío, venga a pasear y pasear...! ¡Escucha el ruido que mete! Y no para de cantar, cosa poco elegante a estas horas... ¿Qué oigo...? Eso que está silbando ahora lo conozco muy bien, es de un cura gordo que ahora es mi vecino, vive cerquita de mi gura. ¿Ves...? *Romerico, tú que vienes...* Este cura se las da de famoso en estos barrios y sostiene que los chavales tienen que aprenderse, en el cole, su vida y milagros... Sí, es la canción que nos endilga cuando se afeita... *Que, después de mi partida, de mal en peor me va...* ¿Tú no sabes estas canciones, Ursuli-

cillada...? Habría que soltarlos. Finxe unha venda, un troco, o que mellor che cadre, pero debes devolverllos á Seguriña, a babeca aquela, a túa sobriña segunda, a que comía o cal das paredes. E os socalcos do azafrán, os do camiño da Fonsanta, sería ben que foses pensando en facer algo parecido, correspondíanlle a Donato, *el de la gallinera*, había testamento e todo, pero, a ver, puxécheste tan testana, Úrsula... É que ti, muller, es de rapar e peítear. Non che será difícil, que don Narciso, o notario, amañaracho nun amén... E non te esquezas das quendas da rega nas Llaveiras, hai polo menos tres que son dos curmáns da Ponte Vella, iso xa desde o avó que tamén era un bo polo. Arránxao, Úrsula, meu amor, que, cando ti te pos, é que te pos, vaia, e, a ver, caladiña que dicía túa nai que eras, si, si, como enleas a todo canto can e gato hai, Úrsula, tes que solucionar iso ben, que, logo, os que veñan detrás andarán a piñas. ¡É prudente non botar tanto por ela...! Alá, no meu novo destino, veñen reclamarme a cada pouco por estas lerías e, sempre, sempre, xa sabes o paífoca que é a túa parentela, acaban a mordedelas, paos, cambadelas... E como nestas terras non hai policía, nin sereno, nin nada... ¡Téñolles medo...! Ben, este cuarto onde dormes, por iso me gusta verte aquí... Non acabei de paga-la pintura, nin o sollado, nin os marcos das portas e ventás, nin os andeis do armario. Todo o fixo Ginesillo *el Manitas*, e anticipeille vinte pesos de entrada, pero hai que estar en todo, mira ti se, por un caso, non terá que devolvernos algo, paga a pena que o estudies e o poñas ó carro, que... Oes, oes, este veciño teu de arriba, ¿deitarase algunha vez? ¿Que tío, veña a pascar e pascar... ¿Escoita o ruído que mete...! E non para de cantar, cousa pouco elegante a estas horas... ¿Que oí...? Iso que está a asubiar arestora coñezoo moi ben, é dun crego gordo que agora é o meu veciño, vive pretiño do meu tobo ¿Ves...? *Romerico, tú que vienes...* Este cura vai de famoso nestes barrios e mantén que os rapaces teñen que aprender, na escola, a súa vida e milagres... Sí, é a canción que nos espeta cando se afeita... *Que, después de mi partida, de mal en peor me va...* ¿Ti non sabes estas cancións, Ursuliña? Se as deprendes ben, tráioche unha noite o cura, gustaralle oírchas. ¡Os españois de por alá ningún as sabe...! Este veciño teu dá a roncha ata máis non poder, e o balbordo en horas de durmir apoñénno a nós,



ta...? Si te las aprendes bien, te traigo una noche al cura, le gustará oírtelas. ¡Los españoles de por allá, ninguno se las sabe...! Este vecino tuyo jode la marrana que es un contento, y la escandalera en horas de dormir nos la cuelgan a nosotros, los que estamos de paso. Habrá que ponerle un vigilante, o enviarle un alma caritativa y luchadora que le dé para el pelo. ¡Ay, Ursulita de mi corazón, qué mal andan las cosas por estas bajuras...! Volviendo al quid: ¡llama, llama a Ginesillo *el Manitas*... «¡Úrsula, corazón, te ha salido un divieso de tres pares de narices con la visita, recoña...! ¿Y todas las noches la misma canción...? Algo aburridito, ¿no...?» «Hay días que, al acercarse la hora de la marcha, que no sé por dónde sale, no oigo portazo alguno, ni descorder el cerrojo, ni siquiera se nota el crujido de la escalera que, ya ves, cuando yo paso por el mediopañuelo del rellano, ¡mi madre, cómo cruje...! Será que baja la escalera de dos en dos y se lo salta apostita, o se deja resbalar por el barandal... Sería una pena que se bajase así, se le mancharía el camión, tan elegante que luce... Ayer, que vino algo retrasado, tropezaría con algún atasco, me regañó. Me dijo que todo lo que tengo, ¡a devolverlo aprisita y callar es bueno...! Y me dio permiso para casarme, ahí tienes, mi Agapito es la mar de generoso. Que me case con Fede, el de la gasolinera... Me dijo que es mejor legalizar las cosas que no andar a escondidillas, huyendo de la gente. Se ve que Agapito tiene espías, está enterado hasta de los embelecros que me coloca el Fede...» «Y tú, ¿qué...?» «¿Yo...? No me hagas reír. El buey suelto bien se lame. Los bancalicos, los majuelos, las cuentas del pintor... ¡Tan tranquila...! Él insiste, se debe de creer que no le presto atención... Al final, habla muy deprisa. Yo, ya medio adormilada, corto por lo sano: "Mira, Agapito, hijo, jódete, que no te oigo." Y él se larga, silbandillo lo que ha oído al vecino un ratito antes, *tú que vienes de donde mi vida está*,... Por si las moscas, yo recito, por lo bajines, ocho o diez conjuros que me sé de carrerilla y le fabrico una higa con los dedos, y me hago lo primero que se me ocurre en su padre, o sea, mi suegro, y, luego, ya cumplida la devoción, me vuelvo de cara a la pared y... Antes le pido a Dios, por si le cojo despierto, que revienten estos granujas que Agapito viene a recomendarme... ¡Sí, Damiana, sí, mujer, los que se creen dueños de lo que yo tengo, quizá son ellos los que me mandan a Agapito disfrazado de fantasma solo por causarme disgusto,

os que estamos de paso. Habrá que ponerle un vixilante, ou enviarlle unha alma caritativa e loitadora que lle cante as corenta. ¡Ai, Ursuliña do meu corazón, que mal andan as cousas por estas baixuras...! Volviendo ó conto: ¡chama, chama a Ginesillo *el Manitas*...! «¡Úrsula, rula, saíche un furuncho de moito pendello coa visita, recoiro...! ¿E tódalas noites a mesma canción...? Algo aburridiño, ¿non...?» «Hai días que, ó acercarse a hora da marcha, que non sei por ónde sae, non oio portada ningunha, nin corre-lo fertollo, nin sequera se sente o renxer da escaleira que, xa ves, cando eu paso polo chanzo do descanso, ¡mi madriña, como renxe...! Será que baixa a escaleira de dous en dous e o salta apostiña, ou déixase esvarar pola varanda... Sería unha mágoa que baixase así, lixariáselle o camión, tan elegante que campa... Onte, que veu algo atrasado, batería con algún atoamento, berroume. Díxome que todo o que teño, ¡a devolverlo rapidiño e calandiño...! E deume permiso para casar, aí tes, o meu Agapito é ben xeneroso. Que case con Fede, o da gasolinera... Díxome que é mellor legaliza-las cousas que non andar ás agachadiñas, fuxindo da xente. Vese que o Agapito ten espías, está informado ata dos aloumiños do Fede...» «E ti, ¿que...?» «¿Eu...? Non me fagas rir. Boi solto de seu se lambe. Os socalquiños, as estripeiras, as contas do pintor... ¡Tan tranquila...! El insiste, debe crer que non lle presto atención... Ó final fala moi á présa. Eu, xa medio adurmiñada, doulle remate ó conto. «Mira, Agapito, fillo, fódete, que non te oio». E el lisca, asubindo o que lle oíu ó veciño un pouquiño antes, *tú que vienes de donde mi vida está*... Eu, non vaia se-lo demo, recito, polo baixiño, oito ou dez conxuros que sei de memoria e fabricolle unha figa cos dedos, e fago o primeiro que se me ocorre no seu pai, ou sexa, o meu sogro, e, logo, xa cumprida a devoción, vólome de cara contra a parede e... Antes pídlle a Deus, por se o collo esperto, que reben-ten eses pillabáns que Agapito quere recomendarme... ¡Sí, Damiana, sí, muller, os que se cren donos do que eu teño, quizais son eles os que me mandan a Agapito disfrazado de fantasma só por causarme desgusto, vaia xente...! ¡Quen non ten culpa ningunha, dende logo, é o Fede, ese non quere que me desprenda de nada... E tampouco quere vir aquí unha noite, a discutir con Agapito, vese que o outro mundo lle pon medo, ¿eh...?, imponlle. Vas levar razón, Damiana,

menuda gente...! Quien no tiene culpa alguna, desde luego, es el Fede, ese no quiere que me desprenda de nada... Y tampoco quiere venir aquí una noche, a discutir con Agapito, se ve que el otro mundo le impone, ¿eh...?, le impone. Vas a llevar razón, Damiana, impone, vaya que si impone, aunque sea con un fantasma modosito, educado, tierno, silencioso... ¡Si no estornudara tanto...!»

impón, vaia se impón, aínda que sexa cunha pantasma aquelada, educada, tenra, silandeira... ¡Sc non espírrase tanto...!»

(De *Cuentos con gusano dentro*)  
Traducción: Ana Acuña, coa axuda  
inestimable de María Álvarez c  
Carlos Solla